

al calce de estas poesías que en el volumen se titulan *La voz de la vida*.

Por las primeras lluvias es una poesía tan sutilmente inquietante que sentimos la aridez que produce el verano en la tierra resquebrajada, la caída de las primeras lluvias y luego el verdor esmeraldino de montañas y florestas. Leed los fragmentos de esta poesía que tiene el sortilegio de darnos la sensación perfecta de la llegada del invierno:

Han caído las lluvias primeras. Alegría para los campos yermos cuyas gredas en
[grietas
dan la congoja cruenta de rotas bocas prietas de dolor y de sed...

Interpreto esta lluvia con cariño de planta (¡he sufrido en mi vida sequías tan hostiles y he esperado con ansia los fecundos
[Abriles!]
y la fresca caricia de esta lluvia me encanta.

Imagino la angustia de la tierra en verano y el ansia inexplicable de la lluvia que
[tarda,
pues yo sé la zozobra para el alma que
[aguarda,
como la planta exangüe, un riego soberano.

En algunas poesías de Uribe hay marcadas reminiscencias de Carrere; en otras, como la titulada *La emoción de la niña*, enneasílabos finos y bien entonados, una excesiva crudeza, y en alguna otra ligeros defectos de técnica, que con lecturas sistematizadas y experiencia en la gimnasia espiritual irán gradualmente desapareciendo. En apolonida tan joven como Eduardo Uribe es casi imposible sustraerse a las impregnaciones literarias de última hora, a las influencias de moda, al influjo de los poetas más leídos. Este cantor con ser tan joven es ya un conocedor de todas las literaturas y con su talento indiscutible y su sed de renovación permanente afirmará de modo definitivo el paso marcial con que hoy entra en el reino de las almas atormentadas por todas las inquietudes, y por la intranquilidad más torturante aún del raro mal de pensar.

EDMUNDO VELASQUEZ

San José, C. R., mayo 19 de 1924.

Mahatma Gandhi en libertad...

(Viene de la página 168).

cuenta abatidos, perseguidos, desorganizados, expoliados. Aboga por ellos en la Audiencia; gana el pleito; convoca un Congreso indio, organiza Asociaciones; funda un diario—*Indian Opinion*, redactado en inglés y en tres lenguas indias—; crea la colonia agrícola del Fénix; reúne a los emigrantes; les reparte terrenos; les hace jurar voto de pobreza.

Presidiario apaleado

CADA vez que el Gobierno infringe gravemente la ley ultrajando a los indios, Gandhi decreta el retrainamiento en todos los servicios públicos, paralizando la vida industrial y agrícola del país. En represalias, el Gobierno lo encarcela, sentenciándole a trabajos forzados. El furor de los africanos contra los indios inicia una terrible xenofobia. Los persiguen en todas partes, a todas horas, inhumanamente. Resuelven que no quede uno vivo. Gandhi en su calabozo, conoce todas las humillaciones, todas las privaciones. Un día el populacho asalta la cárcel, dando gritos contra Gandhi. Los más rabiosos logran forzar las puertas, extraerlo de la prisión, arrastrarlo, apalearlo ferozmente, dejarlo por muerto. Semanas después, Gandhi contestaba a las violencias con su famosísimo folleto: *Hind Swaraj* («Autonomía India»).

Durante veinte años, el Africa del

Sur es su escuela heroica. El general Smuts, tiránico perseguidor de los indios, encarceló seis mil, martirizó muchos, fusiló no pocos. Gandhi extendió la agitación del Transvaal al Natal. Al mismo tiempo la India respondía aprestándose, irritada. Y lord Harding, virrey entonces, viendo el pleito mal parado, influyó con Londres. Decretóse la libertad de Gandhi, la abolición de impuestos, la libertad de residencia de los indios en toda el Africa del Sur.

La *Ahimsá*, pasividad heroica, había derrotado a la Violencia. Gandhi, triunfante, regresó, entre frenéticas aclamaciones, a la India. El «presidiario apaleado» volvía a ser «rey sin corona»...

La guerra y la paz

AL estallar la guerra europea, lejos de sublevar la India contra el Imperio, Gandhi le ayuda, organizando un cuerpo de ambulancias. «Imaginaba— escribe él mismo—ser ciudadano del Imperio y hallarme en el deber de cooperar».

Sabido es cómo todo el país no regateó nada (ni hombres, ni dinero, ni recursos de toda especie). Cerca de un millón de soldados, cuatro empréstitos por más de treinta millones de libras esterlinas. ¿No tenía la India derecho al premio de su fidelidad? Sin embargo, la paz, en vez de nuevas

libertades, le trajo nuevas humillaciones. Inglaterra restableció la censura, aumentó la policía secreta, decretó el estado de sitio. La India estalló, indignada. Gandhi mismo se puso al frente, apelando al arma suprema: la *Ahimsá*. En las huelgas agrarias de 1918 en Kaira y en el Guyerat prevaleció la pasividad heroica. Pero en 1919 el pueblo, enfurecido de persecuciones, halló otro apóstol más acorde a las circunstancias: Tilak. Más asiático, más rotundo, tal vez menos escrupuloso en los procedimientos de lucha—«la política no se hace con santos»—bien pronto avanza al primer término, relegando a Gandhi al segundo plano de la escena.

Cuatro años de terror

BAJO la jefatura de Tilak, el nacionalismo cambia de táctica. Domina el número, prevalecen las pasiones, inicianse los mitines, las revueltas. Gandhi, desoído, negado, acusado de con-temporizar, sobrelleva estas amarguras con noble entereza. Presiente y anuncia la sangre. Hace esfuerzos por sofocar la violencia india para evitar el terror inglés. Logra aplacar la insurrección en Delhi. Pero el virrey, en un ataque de orgullo britano, le detiene, preso en Bombay. ¿Quería provocar la insurrección para desatar el terror? La noticia de estar preso Gandhi promueve en toda la India un levantamiento rabioso. El 13 de abril (1920) más de cien mil personas se reunían en la gran plaza de Jallianwalla. El general Dyer, al frente de un ejército con ametralladoras, sin cornetas, sin intimaciones, sin avisos, abrió el fuego barriendo a la muchedumbre hasta que se agotaron las municiones. La plaza está rodeada de murallas. La huida era imposible de todo punto. Murieron de quinientos a seiscientos indios. Quedaron heridos cuatro mil.

«La ley marcial fué proclamada en toda la India—dice Romain Rolland—. Comenzó un régimen de terror. Viéronse aviones lanzar bombas sobre multitudes sin armas. Los ciudadanos más pacíficos, conducidos ante los tribunales militares, fueron azotados, torturados. Un viento de locura impulsó a los ingleses dominadores».

El camino blanco

¿CABÍA, en semejantes circunstancias, la No-Violencia de Gandhi? ¿Podía aconsejarse a un pueblo ametrallado, torturado, tiranizado, que callara y se retirase? Con todo, el firme apóstol, prosiguiendo «el camino blanco», afrontando en las asambleas de Alahabad, y Delhi, Amrisart y Bom-